

CAPÍTULO XIV

ERAN las once de la noche. El año de 1900 estaba hundiéndose en el abismo de los tiempos, y con él se despedía para siempre el orgulloso siglo diez y nueve. Antes de que la vigésima centuria de la era cristiana enviara al mundo sus albores, las campanas de los templos, con sus lenguas de bronce, convocaban al pueblo en la Ciudad Eterna para que fuese á rendir homenaje solemne de adoración á Jesucristo Redentor.

Habíase dignado conceder Su Santidad á todo el orbe católico la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, á la media noche, hora en que debía verificarse la unión de dos siglos. Y Roma, la histórica ciudad, la que asombra al mundo con sus monumentos, la sede del Vicario de Cristo, daba el más piadoso ejemplo pre-

gonando ante el universo, á la faz de los cielos y la tierra, que sobre todos los errores y en medio de las tinieblas, Jesús reina, Jesús vive, Jesús impera.

Del septentrión al austro, del oriente al ocaso, las cimas de los montes alumbraban con sus fogatas la Cruz del Redentor, la única esperanza de la humanidad, que abre sus brazos para estrechar en ellos á los que sufren, á los que ruegan, á los que aman, á los que buscan en las borrascas del mundo el sol esplendoroso de la verdad.

Y lo repetimos, Roma, la ciudad santa, protestando de una manera harto elocuente contra los que la tachan de indiferente y fría, daba muestras de su fe, de su piedad, de su amor á Jesucristo y al egregio Pontífice reinante.

La noche oscura y lluviosa en un principio, se iluminaba con las antorchas que ardían en las fachadas de los templos y en las ventanas de las casas. Más tarde apareció la luna en el cielo, como un faro radiante entre las nubes que presagiaban la tempestad.

En esos instantes la animación que había en las calles era indescriptible. Haciendo coro á la campana mayor de la Torre Capitolina, todas las demás llamaban al pueblo, y el pueblo acudía á las solemnes ceremonias religiosas.

¡Sublime espectáculo aquel que jamás se borrará de nuestra mente!

Por supuesto que adonde más afluía la muchedumbre, era á San Pedro, la gran basílica Vaticana. Era la plaza, por decirlo así, un hormiguero humano que se desbordaba llegando á pie, en los carruajes, ómnibus y

tranvías, como que se trataba de un acontecimiento que á pocos es dado presenciar.

Las puertas de San Pedro estaban abiertas para todo el que quisiera traspasar sus dinteles, y con ser numerosa la concurrencia, tan repartida estaba en toda la ciudad que no era bastante para llenar ni la cuarta parte del grandioso templo. Sabemos de buena fuente que en él caben con toda comodidad sobre noventa mil personas.

Sobre las gradas de la espaciosa escalinata daba luz á la fachada una doble hilera de hachones. En el pórtico se habían colocado dos grupos de reflectores eléctricos que lo alumbraban de uno á otro extremo.

Pero donde la iluminación era un verdadero prodigio, era en el interior de la basílica. En cada rosetón central de las bóvedas se había colocado un haz de reflectores que esparcían por las naves una luz tibia, igual y difusa que daba al primer templo de la cristiandad un aspecto severo imponente y majestuoso. Sin ofuscar la vista aquella luz permitía examinar en todos sus pormenores cada monumento, cada cuadro y cada línea de la grandiosa arquitectura.

El siglo que se despedía, llamado por antonomasia de las luces, legaba allí las suyas al futuro, no con ardores que consumen y se apagan luego, sino con esa claridad permanente que en la Iglesia de Cristo ha de durar hasta el fin de los tiempos, inmutable y serena como la verdad.

Seis gruesos cirios ardían en el altar de la Confesión, y las lamparillas del sepulcro de San Pedro semejaban átomos de luz que, como los de las estrellas errantes

cruzan el espacio, pero éstos sin apagarse, permaneciendo fijos en medio de indefinibles claridades.

El altar de la Cátedra, por lo contrario, era como suele decirse, una ascua de oro, dejando ver irradiaciones de sol con los centenares de bujías encendidas en él.

Sonó la primera campanada de las doce. En ese instante en que sobre la tumba de un siglo nacía otro, en rica custodia esmaltada de piedras preciosas, se exponía el Santísimo Sacramento á la adoración de los fieles, entre nubes de incienso que se elevaba hacia las alturas como una plégaria. Inmediatamente, el Emmo. señor Cardenal Rampolla del Tindaro, Secretario de Estado de Su Santidad y Arcipreste de la Basílica Vaticana, entonó el *Te Deum*, cantado luego alternativamente por la Capilla Julia y por el pueblo en masa.

Acto solemne de acción de gracias fué éste que llenará de júbilo durante su vida á cuantos tuvimos la inmensa dicha de presenciarlo.

El Emmo. señor Cardenal Rampolla, con asistencia del Cabildo Vaticano y de numeroso clero, celebró la Misa solemne en que recibieron de sus manos la Sagrada Comunión muchísimas personas. Desde ese momento comenzó un sacerdote á repartir entre los fieles que se hallaban preparados para el efecto, en la capilla del Santísimo, el pan de la vida eterna, la inefable Eucaristía.

Acabada la Misa se cantaron las Letanías de los santos, el *Veni Creator*, y al fin el *Tantum ergo*, después del cual recibieron los presentes la bendición con el Santísimo Sacramento.

Habían transcurrido las horas sin que de ello nos diésemos cuenta, pues era tal la armonía de los cantos, el fervor del pueblo, la claridad que se difundía por las naves del santuario, la solemnidad de las ceremonias,



EMMO. SR. CARDENAL RAMPOLLA,
SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD.

y los goces del espíritu, que no parecía sino que el cielo dejaba entrever algo de sus delicias en la tierra á los felices mortales. A ejemplo de los tres Apóstoles en el Tabor, sin que pretendamos ser temerarios en la comparación, bien habríamos podido repetir allí con ellos: *Faciamus hic tria tabernacula.*

Cuando concluyeron las ceremonias sagradas, el Eminentísimo señor Cardenal Rampolla, en procesión, con todo el fastuoso acompañamiento de capitulares, sacerdotes, coro y demás personas que sirven la basílica, pasó á dar gracias á la capilla de los Santos Proceso y Martiniano, habiéndose antes quitado los ornamentos.

Fué allí la primera vez que tuvimos la honra de conocer al eminente hombre de Estado, al ilustre Príncipe de la Iglesia que ayuda á Su Santidad León XIII, en la esfera de sus atribuciones, en el gobierno del orbe católico y desde luego nos causó favorabilísima impresión.

Alto, erguido, joven aún, de arrogante presencia, de frente espaciosa y de mirada viva y penetrante, revela en el acto una inteligencia superior, de aquellas que están destinadas por el Ser Supremo para resolver con acierto los grandes problemas que conmueven hoy al mundo entero.

Y á fe que no nos engañamos al suponer en Su Eminencia dotes de tal naturaleza, desde el momento en que el Sumo Pontífice que asombra al mundo con su genio, ha depositado en él su confianza. Por otra parte, sabemos que el Emmo. señor Cardenal Rampolla es sumamente piadoso, que está dotado de grandes virtudes y que, obediente á las disposiciones del Supremo Jerarca, sabe ejecutarlas con envidiable precisión, sin desviarse ni un ápice en el cumplimiento de sus deberes.

Hay personalidades que demuestran por su aspecto exterior las cualidades que poseen, y el Emmo. señor Cardenal Rampolla es una de ellas. Modesto sin afecta-

ción, es altamente estimado por la sabiduría y la prudencia con que procede en todos sus actos.

Dios lo conserve al lado del excelso Pontífice reinante para bien de la Iglesia y de la Cristiandad.

Volvamos ahora á la basílica para decir algo de la concurrencia que saludó bajo sus espléndidas bóvedas la aurora del siglo xx. Había en el interior del templo un conjunto que viene á demostrar cuán firmes son los lazos de la religión verdadera. No eran los representantes de un sólo pueblo y de una sola raza los que iban á rendir solemne homenaje á Jesucristo Redentor: eran todos los que le adoran y creen en su sana doctrina. En innumerables idiomas se entonaban alabanzas al Ser Supremo: las palabras eran diferentes; pero el espíritu de ellas era el mismo.

¿Dónde puede hallarse unidad de sentimientos y de aspiraciones semejante á ésta? En ninguna parte. Sólo en el seno de la Iglesia Católica puede contemplarse el maravilloso concierto de la gran familia humana.

Los pueblos que se alejan de las sublimes enseñanzas de la Iglesia van cayendo de uno en otro abismo. Aspiran á comprenderse en un solo idioma, y cuando el orgullo ó el amor propio no les permiten adoptar alguno formado, se apresuran á inventar otro nuevo, que nadie acepta por lo absurdo y monstruoso.

La iglesia tiene un solo lenguaje, y se conoce donde quiera que haya un sacerdote católico: lo mismo en la Groenlandia que en la Tierra del Fuego.

Anhelan los filósofos modernos la fraternidad universal, y para conseguirla emplean la diatriba y el ultraje, llegando hasta á falsear el origen de la raza humana.

La Iglesia considera hijos de Dios á todos los hombres, y los llama constantemente á la concordia y á la paz con las palabras del Crucificado: *Amaos los unos á los otros.*

¡Cuán diferente sería la suerte de las naciones si unidas con los lazos de la religión de Cristo, la única verdadera, presentasen al universo el grandioso espectáculo que presentaban en San Pedro, al unirse dos siglos, hombres de diversas condiciones, es verdad, pero de un mismo espíritu cristiano!

La noche del 31 de Diciembre y 1.º de Enero, es decir, la que ligaba un día con otro día, un año con otro año y un siglo con otro siglo, vió reunidos en la gran basílica á los peregrinos de dos países distantes unos del otro: á los ingleses y á los mexicanos. Estos llegaron antes que aquéllos; pero todos llevaban á los pies del Vicario de Cristo iguales sentimientos é idénticas aspiraciones.

La numerosa concurrencia que asistió á la basílica de San Pedro fué dispersándose por las calles de la ciudad, iluminada aún á altas horas de la noche. En la plaza Rusticucci, en el edificio que ocupa el Círculo Leonino, llamaba la atención un transparente en que se veía la Cruz del Redentor.

Creíase en un principio que Su Santidad oficiaría en la basílica Vaticana; pero esto no era posible. Para que el insigne León XIII hubiera asistido á la iglesia habría sido preciso que las ceremonias se hubiesen verificado á puerta cerrada, como tuvo que suceder durante las audiencias que se sirvió conceder durante el Año Santo. Entonces la fiesta del homenaje á Jesucristo habría sido

menos popular. Además no era prudente exponer la salud del Sumo Pontífice, que interesa hoy al mundo todo, haciéndolo salir de sus habitaciones á la media noche.

Sin embargo, Su Santidad quiso también unirse á sus hijos en la solemne entrada del nuevo siglo, y celebró la Santa Misa en su oratorio privado, ante reducido número de personas. Por consiguiente, el Santo Padre no se apartaba en aquellos instantes del pueblo que Dios ha confiado á su celo y sus cuidados.

El Señor habrá oído sin duda las preces de su amado siervo y jefe de la cristiandad, para derramar sobre la Iglesia el tesoro de sus gracias.

Entretanto el pueblo romano y los numerosos católicos que de lejanos países habían acudido á la Ciudad Eterna llenaban las calles, pues á una misma hora salían de todos los templos, rebosando la más pura alegría, para volver á sus habitaciones en busca del necesario descanso.

Roma, cabeza del orbe cristiano, á despecho de los sectarios que quisieran verla profanando las cosas santas, demostró públicamente su piedad, su apego á la religión y su obediencia al Sumo Pontífice, tomando parte activísima y entusiasta en el homenaje á Jesucristo Redentor.

Un hecho acaecido en la memorable noche del 31 de Diciembre demuestra con gran elocuencia cuáles son los sentimientos que alienta el pueblo romano. Al alborar el día primero del siglo apareció fija en el portón de la sala de los Conservadores del Capitolio una cruz con la siguiente inscripción:

«*Cristo vince, regna, impera.*» (Cristo vence, reina, impera,) y más abajo:

«*Torni sul nostro glorioso Campidoglio, la Croce, simbolo di vera civiltà, libertà, progresso e di affratellamento universale.*»

(Vuelva sobre nuestro glorioso Capitolio, la Cruz, símbolo de verdadera civilización, libertad, progreso y de fraternidad universal.)

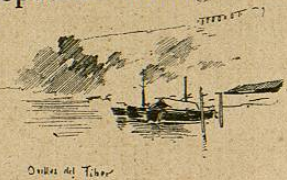
Por supuesto que al ver el signo de nuestra redención, los guardias municipales, indignados ante aquel para ellos imperdonable desacato, quitaron de allí la cruz en la que se había escrito una sentencia tan elocuente y verdadera.

Ese es el deseo del pueblo romano que tiene en su seno al Supremo Pastor de la Iglesia, y ese es el mismo que de polo á polo acaba de expresar todo el pueblo cristiano al rendir adoración á Jesucristo.

La Cruz plantada al unirse dos siglos, como un árbol de vida, dentro y fuera de los templos, en las plazas y en los caminos, sobre los collados y sobre la cima de las más altas montañas, es la única esperanza, el único faro que señala á la humanidad celestiales horizontes.

Dicha inmensa, suerte feliz nos cupo á los que, en la ciudad santificada con la sangre de los mártires, pudimos presenciar augustas ceremonias y demostraciones de indecible júbilo, al encender el siglo xx su fulgurante aurora en el moribundo crepúsculo del siglo xix.

En el libro de nuestros más caros recuerdos será ésta la página de oro escrita con letras de diamantes.



Quiero al Tiber